

hombre. Los grandes juegos debían ser proclamados en breve: ¡acercábase el día del estérmino! Celuta, que no recibía noticia alguna de René, y que ignoraba si debía temer ó desear su vuelta, vió entrar cierta mañana al religioso de una misión remota. No era un sacerdote de tanta ciencia como el padre Souel, ni de un celo que le hiciese desear el martirio; pero sí un hombre caritativo y afable, que nunca se mezclaba en lo que no le incumbía, y que solo procuraba convertir las almas al Señor por medio del ejemplo de una conducta morigerada. Llevaba el hábito y la barba de un capuchino sin orgullo y sin humildad, pues le parecía muy natural que su orden conservase los antiguos usos y hábitos, como se lo hubiera también parecido que aquellos y estos hubiesen cambiado.

Celuta salió al encuentro del misionero y le dijo: «Jefe de la oración, mucho me honras viniendo á mi cabaña; pero su dueño no está aquí, y temo que una mujer no te reciba tan bien como mereces.» El fraile le respondió, inclinándose: «Yo no te hubiera importunado con mi visita, si el capitán d'Artaquette no me hubiese mandado traerte una carta de tu marido.»

Celuta se ruborizó de esperanza y de temor, y tomando la carta que el misionero le presentaba la estrechó sobre su corazón.

Mila, que estaba con su hermana en la cabaña, y que tenía en sus rodillas á la tierna Amelia, no quiso que se tomase tiempo para dar algún alimento al capuchino, pues estaba impaciente por oír la explicación del collar. Mas hospitalaria Celuta, preparó una frugal comida.

Mientras se ocupaba de esto, el religioso, viendo la hija de René en brazos de Mila, la bendijo y preguntó si aquella niña era cristiana. La niña no dió señal alguna de asustarse, y sonreía al anciano solitario, que preguntado por las dos hermanas, hizo con lágrimas de ternura el elogio del capitán d'Artaquette y del valiente granadero Santiago. Celuta supo con dolor que su hermano blanco, destacado en un punto distante, estaba enfermo hacia muchos meses.

Mila dijo al misionero: «Jefe de las barbas, ¿nunca has sido rechazado de las cabañas?—Mi báculo, me respondió el fraile, queda siempre detrás de la puerta.» Celuta sirvió la comida. Hecho esto, sacó de su pecho la carta y pidió al misionero se la tradujese.

¡Contradicción inexplicable del corazón humano! Aquella mujer que el día anterior se alarmaba viendo el largo silencio de su familia, casi deseaba en aquel momento la continuación del silencio. ¿Qué contenía la carta? ¿Anunciaba el pronto regreso de René? ¿arrojaba alguna luz sobre el secreto de Outougamiz? ¿disiparía ó corroboraría las sospechas que contra René se habían despertado? Sentada delante del misionero, las dos hermanas, fijos sus ojos en los labios de este, escuchaban las palabras aun no preferidas. El fraile abrió la carta, tomó su barba con la mano izquierda, levantó con la derecha el papel á la altura de sus ojos, y recorrió en silencio la primera página; á medida que adelantaba en su lectura, se veía pintarse el asombro en su semblante. Celuta estaba como el prisionero de guerra sentado en el trípode antes de ser entregado á las llamas. Mila, perdiendo al fin la paciencia, exclamó: «Espícanos ese collar; ¿caso no lo entiendes? El fraile tradujo en natche lo que sigue:

#### CARTA DE RENÉ Á CELUTA.

«EN EL DESIERTO, EN LA TRIGÉSIMASEGUNDA NIEVE DE MI NACIMIENTO.»

«Me proponía esperarte en los Natchez, pero me

he visto precisado á marchar súbitamente, obedeciendo una orden de los sachems. Ignoro cual será el resultado de mi viaje, pero es posible que no vuelva á verte. He debido parecerme tan extravagante, que sentiría mucho abandonar la existencia sin justificarme á tus ojos.

«A mi regreso de Nueva-Orleans he recibido de Europa una carta que me hizo saber el cumplimiento de mis destinos: he contado mi historia á Chactas y al padre Souel, porque solo debían conocerla la sabiduría y la religión.

«He sido blanco de un gran infortunio desde mi primera juventud; infortunio que me ha hecho tal como me has visto. He sido amado, amado en demasia: el ángel que me rodeó con su misteriosa ternura cerró para siempre sin agotarlos, los manantiales de mi existencia. Todo amor me inspiraba aversión, porque tenía á la vista un modelo inimitable de mujer; y devorado interiormente por las pasiones, he permanecido, por un contraste indefinible, helado bajo la mano del infortunio.

«¡Celuta! hay existencias tan combatidas, que parece acusan á la Providencia, y pueden mirar como una locura el deseo de ser. Desde el principio de mi vida no he cesado de alimentar pesadumbres, cuyo germen llevaba dentro de mí mismo como el árbol encierra la semilla de su fruto. Un veneno desconocido se mezclaba á todos mis sentimientos, y me acriminaba esas alegrías hijas de la juventud y tan fugitivas como ella.

«¿Qué hago ahora en el mundo y qué hacia antes? hallábame siempre solo, en los mismos momentos que la víctima palpitaba aun al pié del altar. Esta víctima no existe ya, pero el sepulcro nada me ha robado; no es mas inexorable para mí que lo fue el santuario. Siento, no obstante, que cierta cosa necesaria á mi existencia, ha desaparecido ya. Cuando debiera regocijarme por una pérdida que emancipara dos almas, lloro; pido, como si me hubiese sido arrebatado, lo que jamás tornaré á hallar; deseo morir; y en la otra vida, la separación que me mata no dejará de continuar mientras dure la eternidad.

«¡La eternidad! Tal vez en mi poder de amar he comprendido esta incomprendible palabra. El cielo ha sabido y sabe todavía en el momento que mi trémula mano traza estas líneas, lo que yo podía ser: los hombres no me han conocido.

«Escribo sentado bajo el árbol del desierto, á la margen de un río sin nombre, en el valle donde crecen los mismos bosques que la cubrieron en el día de la Creación. Supongo, Celuta, que el corazón de René se abre ahora á tus ojos; ¿ves el mundo extraordinario que encierra? De este corazón salen llamas que no tienen pábulo; pero que devorarían el universo sin ser satisfechas, y que te devorarían. ¡Huye de mí virtuosa mujer! retrocede á la vista de este abismo! ¡déjalo en mi seno! ¡Padre Omnipotente! Tú me has llamado á la soledad, y me has dicho: «¡René! ¡René! ¿qué has hecho de tu hermana? «¿Soy Cain?»

CONTINUADA AL AMANECER.

«¡Qué noche he pasado! ¡Criador! te doy gracias; ¡tengo todavía fuerzas, pues vuelvo á ver la luz que formaste! Sin antorcha que alumbrase mi carrera, vagaba en las tinieblas; mis pasos, cual si estuviesen dotados de inteligencia, se asustaban de unos senderos entre lianas y malezas. Yo buscaba lo que me huye, estrechaba el tronco de las encinas, porque mis manos necesitaban asir algo. He creído en mi delirio sentir una corteza árida palpar sobre mi corazón: un grado mas de calor, y hubiera animado los seres insensibles. Con el seno desnudo y lacerado, y humedecidos mis cabellos en el vapor de la noche, creía ver á una mujer que arrojándose á mis brazos

me decía: «¡Ven á cambiar tu fuego con el mío, y á morir! ¡mezclemos los deleites con la muerte! ¡La bóveda celeste nos oculte al desplomarse sobre nosotros!»

«¡Celuta! me juzgarás un insensato; pero solo he cometido una falta contigo; ¡la de haberte unido á mi suerte! Harto sabes cuanto me resistí á ello, y á qué sacrificio de amistad he creído debía el sacrificio de mi independencia, que á lo menos solo á mí era funesta. Una gran desventura me ha privado de la alegría de ser amado por tí y de la felicidad de ser padre, pues he visto con una especie de espanto que mi vida se prolongaría mas allá de mí. La sangre que hizo latir mi dolorido corazón animará el de mi hija; te habré trasmitido, ¡infeliz Amelia! mi tristeza y mis desdichas. Llamado ya por la tierra, ¡no protegeré tus infantiles días! ¡no veré mas tarde desenvolverse en tí la dulce imagen de tu madre, unida á los encantos de mi hermana y á todas las gracias de la juventud! No me echés de menos, que en la edad de las pasiones, te hubiera sido un mal guía.

«¡Celuta! te recomiendo particularmente á Amelia: ¡mi nombre es un nombre fatal! No la instruyas en ningún arte de Europa; ocúltale el exceso de tu cariño, pues es perjudicial acostumbrarse á ser muy amado. Nunca le hables de mí, porque nada me debe, puesto que no deseaba darle la vida.

«Sea para ella René un hombre desconocido, cuyo extraño destino, cuando le sea contado, la haga meditar sin que adivine la causa; no quiero ser á sus ojos sino lo que realmente soy: un ensueño fatigoso.

«Celuta, hay en mi cabaña algunos papeles escritos de mi mano: son la historia de mi corazón, historia que á nadie sirve y que nadie comprendería; ¡destruye esas quimeras!

«Vuelve al techo fraternal; quema el que yo he construido y siembra plantas entre sus cenizas; devuelve al bosque la herencia que he usurpado. Borra el sendero que sube desde el río á la puerta de mi vivienda; no quiero que sobre la tierra subsista vestigio alguno de mis pasos. No obstante, he escrito un nombre en la corteza de un árbol, en la profundidad del bosque: imposible sería hallarlo; ¡crezca ese nombre con la desconocida encina que lo lleva! El cazador indio huirá al ver aquellos caracteres grabados por un mal genio.

«Da mis armas á mi querido Outougamiz: quiero que este hombre sublime haga en memoria mía el último esfuerzo; ¡este esfuerzo es conservarse y vivir! Chactas me seguirá, sino me ha precedido ya.

«Por último, Celuta, si dejo de existir, puedes buscar despues de mi muerte la union de un alma mas igual que la mia. No creas, sin embargo, que recibirás impunemente las caricias de otro hombre; no creas que unos débiles abrazos puedan borrar de tu alma los de René. Te he tenido en mi pecho en medio del desierto y en los vientos de la tempestad, cuando despues de haberte llevado á la opuesta orilla de un torrente, hubiera querido clavarte un puñal para fijar la felicidad en tu seno y para castigarme despues por haberte dado esta horrible felicidad. ¡Tú, Ser Supremo, manantial inagotable de amor y de hermosura, tú me creaste tal cual soy, y solo tú puedes comprenderme! ¡Oh! ¿por qué no me he arrojado á las cataratas, en medio de las espumosas olas? Así hubiera vuelto con toda mi energía al seno de la naturaleza. Sí, Celuta! si me pierdes quedarás viuda; mas, ¿quién podrá rodearte de esta llama que arde dentro de mí, aun sin amar? Estas soledades que yo abrazaba, te parecerían heladas al lado de otro esposo. ¿Qué hallarías en los bosques y en las frondosidades! Huyeron para tí las ilusiones, la embriaguez y el delirio, yo te he robado todo al darte todo, ó por mejor decir, no dándote cosa alguna, porque habia en el fondo de mi alma una llaga incu-

rable. No creas, Celuta, que una mujer á quien se hacen tan crueles confesiones, por la cual se han formado deseos tan odiosos como los míos, no creas que esa mujer olvide jamás al hombre que le profesó este amor ó este odio extraordinarios.

«Me hastio de la vida, pues el tédio me ha devorado siempre; lo que interesa á los demás hombres es indiferente para mí. Pastor ó monarca, ¿qué hubiera hecho de mi cayado ó de mi corona? Me hubieran sido igualmente insoportables la gloria y el genio, el trabajo y el ocio, la prosperidad y el infortunio. En Europa y en América me han cansado la sociedad y la naturaleza. Soy virtuoso sin placer, y si fuese criminal lo sería sin remordimientos. Quisiera no haber nacido ó ser olvidado para siempre.

«Ya sea esto una despedida, ya deba tornar á verte, Celuta, cierto presentimiento me dice que mi destino va á cumplirse, y que cuanto mas tarde en llenarse mas funesto será: René no puede retroceder sino hácia el infortunio. Mira, pues, esta carta como un testamento.»

La lectura habia terminado sin que Celuta levantase la cabeza, inclinada sobre el pecho; toda la sagacidad de Mila no habia bastado para explicar la carta, y toda la religión del misionero no habia podido penetrar su sentido; pero el corazón de una esposa la comprendió mejor, porque nada es tan inteligente como el amor desgraciado. Celuta veía que no era amada, que ni aun un vínculo paternal la habia identificado con René; que en el alma de este hombre reinaban la agitación y casi los remordimientos, y que se arrepentía de una desgracia como se hubiera arrepentido de un crimen.

Celuta levantó con lentitud su abatida frente, y dijo: «Mi esposo es aun mas desgraciado de lo que yo imaginaba; un mal espíritu le ha perseguido, y por esta razon yo debo ser su buen genio.» El religioso entregó la carta á la india, diciéndole: «Nuestra herencia son los sufrimientos; la nueva alianza que Jesucristo ha hecho con los hombres es una alianza de dolor, pues la selló con su sangre; voy á orar por tí.»

El misionero se arrodilló, y enlazadas las manos repitió en natche la oración Dominical; la calma de esta oración fue una especie de bálsamo derramado sobre una llaga viva. Cuando el sacerdote cristiano pronunció estas palabras: *libranos, Señor, de todo mal*, las dos mujeres sollozaron de ternura. Entonces el religioso, levantándose con trabajo, echó su capucha sobre la cana cabeza, atravesó la cabaña con paso lento, tomó su báculo á la puerta, y se dirigió con toda la prisa que su vejez le permitía á consolar otras adversidades.

Mila, que habia tenido hasta allí la inocente Amelia, la entregó á Celuta, que la recibió cubriéndola de besos y vertiendo copiosas lágrimas. Mila, que adivinaba á su hermana, le dijo: «Tú la amarás por mí, pues eres su madre; yo la amaré por su padre.»

Pero Mila se sentía tambien un poco desalentada. ¿Quién pensaba habia podido amar demasiado á René? Y aun cuando se libraba de la muerte al guerrero blanco, ¿qué se ganaba con esto, toda vez que no queria vivir? Mila no se detuvo mucho tiempo en estas reflexiones, y dejándose llevar de su carácter, dijo:

«Basta ya de llorar por un collar oscuro, mal interpretado, y que ni tú, ni yo, ni el padre de las barbas comprendemos. El peligro está á la puerta de nuestra cabaña; ¿por qué, pues, mezclar, á los pesares verdaderos otros pesares quiméricos? Entre la realidad del mal y los delirios de nuestro corazón, no sabríamos á donde volver la vista. Ocuémonos ahora del presente, que en otra ocasión pensaremos en el porvenir. Descubramos el secreto, salvemos á René, y cuando le hayamos salvado, preciso le será explicarse.»

—Tienes razón, respondió Celuta; salvemos á mi esposo. Mila tomó á Amelia, y entregándola otra vez á su madre le dijo: «Tómala; yo deseaba tener un pequeño guerrero, pero no lo quiero ya; guarda tu hija, pues te prefiere á mí cuando llora, y me prefiere á tí cuando rie. No parece sino que el collar le hace verter también lágrimas. Y Mila salió á descubrir el secreto.»

René había escrito otra carta á los sachems, para anunciarles que los illineses no se mostraban aun dispuestos á recibir el calumet de paz. Chactas, mas feliz en su misión, había logrado todo de los ingleses de la Georgia, y se disponía á volver. El tutor del Sol esperaba que sucumbiría antes de regresar á su cabaña, pues se le creía cercano á su fin.

La Mujer-Jefe, esperando la cabeza de su rival, dejaba en la apariencia mas tranquilo á Onduré; pero le acechaba con toda la actividad de los celos. El pérfido salvaje, temiendo siempre venderse á sí mismo, no se sustraía al peligro sino por medio de precauciones de que ansiaba ya librarse.

Por otra parte, era muy difícil que el secreto de una conjuración conocida de tantas personas, no llegara á traslucirse. De tiempo en tiempo circulaban rumores cuyo origen hubiera sabido inquirir cualquiera jefe menos inepto que Chepar. El gobernador general había escrito á este que no confiase mucho en la concesión de las tierras; y habiéndose hallado entre los despachos una carta de Adelaida á René, Onduré, á quien Febriano instruía de todo, se apresuró á anunciar una nueva traición del hijo adoptivo de Chactas; pero al mismo tiempo, para acabar de engañar al general y aparentar que no se pensaba sino en diversiones, dispuso una cacería de búfalos al otro lado del Meschacébé.

No bien supo Mila esta nueva, dijo á Celuta: «Es preciso que asistamos á esa cacería, á la que concurrirán todas las matronas; quiero que el sacerdote me descubra hoy mismo el secreto.» Celuta accedió con tristeza á seguir á Mila, porque dudaba que esta lograse su intento, pues se negaba á decir el medio de que se proponía valerse para hacer hablar al sacerdote.

Llegado el día de la caza, las dos hermanas partieron juntas y caminaron separadas de la muchedumbre, porque todos huían de ellas como se huye de los desgraciados. Embarcáronse en las canoas, atravesaron el río y desembarcando en la otra orilla entraron en las sábanas entrecortadas por vastos estanques de agua salada á donde los búfalos acuden á chupar la sal.

Divididos en tres partidas, los cazadores dieron principio á la embestida, y se veía á los búfalos saltar por encima de espesos bosques de cañas de azúcar, de mas de quince piés de elevación. Mila había dejado á Celuta, pues no se alejaba del sacerdote, que pronunciaba ciertas palabras mágicas para que las víctimas se colocasen bajo la lanza de los guerreros; un búfalo herido cayó de repente sobre él, por lo que se entregó á la fuga; el búfalo fue detenido por los cazadores, pero el sacerdote continuó internándose en la espesura, y oyendo pasos á su espalda corría mas presuroso; sin embargo, el perseguidor era Mila, que volaba tras él como los colibris vuelan sobre las estremidades de las cañas. Llamó al sacerdote, que volvió al fin la cabeza, y reconociendo á una mujer, se arrojó al suelo falto de respiración.

«Te aseguro, le dijo Mila, acercándose á él que me he tenido tanto miedo como tú. Yo te seguía, porque me hubieras salvado, pues con una sola palabra habrías hecho caer al búfalo muerto á tus piés.»

«¡Ciertamente! repuso el sacerdote con un aspecto solemne; pero, ¡cuánta sed tengo!»

Mila llevaba pendiente de un brazo una cesta y en ella un frasco y una copa.

—El Gran Espíritu me ha inspirado oportunamente, respondió Mila; aquí traigo por casualidad esencia de fuego (1). ¡Ah, buen genio! si un hombre como tú falleciese, ¿qué sería de los Natthez?

—¡Mila! dijo el sacerdote enjugando su frente y acercándose á la maliciosa encantadora; siempre me has parecido dotada de la astucia del armiño.

—Y tú, replicó Mila, derramando la esencia del fuego en la copa, me has parecido siempre hermoso como el genio que preside las cacerías, como el Gran-Liebre, honrado en los bosques. El sacerdote apuró la copa.

Los salvajes que gustan con frenesí de los licores de Europa, buscan el humo de la embriaguez como los pueblos de Oriente los vapores del opio. «Nunca te había visto tan cerca, continuó Mila, llenando segunda vez la copa y presentándola á la ávida mano del sacerdote; ¡Cuán hermoso, cuán hermoso, eres! ¡Dices que hablas tantas lenguas! ¿entiendes todo lo que dices?»

En su triple embriaguez de aguardiente, de amor y de elogios, el sacerdote empezaba á hacer hablar sus ojos. Mila llenó de nuevo la copa, la acercó con su mano derecha á los labios de este, y apoyando blandamente la izquierda en su espalda, aparentaba mirar con admiración á su ya seducida víctima.

El lugar era solitario y altas las cañas. «¡Mila!» exclamó el sacerdote.

—¿Que quieres? respondió la india, simulando sentirse agitada y un tanto ruborosa.

—¡Acércate á mí! Mila fingió resistirse.

—Nada temas; yo puedo hacer que la noche nos oculte ahora mismo.

—¡Por eso tengo tanto miedo! ¡eres un mágico tan consumado! El sacerdote tomando á Mila en sus brazos la atrajo hácia sí, diciéndole: ¡Bebe á tu vez, encantadora paloma!

—¡Yo! repuso Mila, fingiendo acercar el licor á sus labios, mientras el sacerdote, dando una vuelta á la copa, procuraba beber en la parte del borde que los labios de aquella habían tocado.

El sacerdote empezaba á sentir los efectos del veneno, pues los objetos flotaban á su vista.

—¿No ves, dijo á Mila, una gran cabaña? Y señalaba las cañas agitadas por el viento.

—¡Si! es la cabaña donde los sachems están reunidos para deliberar sobre la muerte de René.

—Eso es asombroso, replicó el sacerdote balbuciente, porque esa deliberación no debe tener lugar tan pronto.

El corazón de Mila palpitó con vehemencia, y abrazó involuntariamente al sacerdote, que la estrechó á su vez entre sus brazos.

—¡No tan pronto! dijo Mila; pero será...

—La duodécima noche, durante la luna de las cacerías.

—Yo creía que era en la décimatercia...

—Sé estas cosas mejor que tú; hay doce cañas en el haz, y sacamos una todas las noches.

—¡Discretamente pensado! ¿Y René será muerto cuando saqueis la última caña?

—¡Si! perecerá el primero de todos.

El sacerdote quiso hurtar un beso á Mila, que en lugar de sus labios le presentó la esencia de fuego. «Preferiría la otra copa!» dijo el burlado sacerdote.

Mila prosiguió: «Dices que René será el primero que sucumba; ¿según eso, perecerán también otras carnes blancas?»

—¿Quién lo duda? dijo el sacerdote, riéndose de la sencillez de Mila; y esto sería tanto mas admirable, cuanto que estarán reunidos como un re-

(1) Aguardiente.

baño de corzos, presenciando los grandes juegos.

—¡Oh! cómo bailaré contigo! exclamó Mila, imprimiendo con el disgusto de la naturaleza pero con la exaltación de la amistad, un beso en la frente del sacerdote; yo no había oído hablar de esos grandes juegos; ¡me gustan tanto los juegos!

—Todas las naciones que han jurado el secreto, vendrán á nuestro país; Outougamiz el Simple ha jurado como todos los demás; nosotros le obligaremos á que dé muerte á su René.

Mila se levantó y se sustrajo aceleradamente á los brazos del sacerdote, que cayendo hirió la tierra con su frente. Este hombre tuvo una idea confusa de la enorme falta que acababa de cometer; pero vencido por la embriaguez, entregóse al sueño.

Mila buscó á Celuta, á quien halló en un lugar solitario, y le dijo: «¡Todo está descubierto! los blancos van á ser asesinados en los grandes juegos; ¡tu marido será el primero que perezca.»

Celuta se sintió desfallecer, pero su amiga la sostuvo y le dijo: «¡Valor! es preciso salvar á René. Yo vuelo al fuerte á informar de todo á Chepar. Tú, corre en busca de Outougamiz.»

—¡Detente! exclamó Celuta; ¿qué has dicho? ¡advertir á Chepar! ¡desgraciada! ¿y tu patria?..

Estas palabras resonaron en el corazón de Mila, que fijando en su hermana los inmóviles ojos, exclamó despues de algunos momentos de silencio: «¡Perezca la patria que ha podido fraguar tan abominable maquinación! ¡Estos hombres son una banda de asesinos! ¡Corro, corro á denunciarlos!»

Celuta se estremeció. «¡Mila! le dijo, piensa en tu padre, en tu madre, en mí, en Outougamiz. ¿No ves que al evitar una matanza, no haces mas que cambiárla en otra, mucho mas terrible para tí?»

Mila se estremeció á su vez, pues no había previsto este nuevo peligro; pero al fin dijo súbitamente: «No esperaba hallarte tan tranquila, al tratarse de la vida de René; no creía que pensases con fria prudencia, como un sachem, el bien y el mal.»

«¡Mujer! replicó vivamente conmovida Celuta; sea cual fuere tu corazón, no me enseñarás á amar; pero no te propongas alucinarme; yo seré ahora tan desgraciada como mi hermano y tan discreta como él. ¡Yo sé morir de dolor, pero no sé perder á mi patria!»

Mila abrazó á Celuta y le dijo: «¡Perdónamé! soy muy inferior á tí para que ose juzgarte.»

Mila refirió á su hermana el cómo había sorprendido la fe del sacerdote. Celuta vituperó con dulzura á su amiga, diciéndole: «No se hace impunemente lo que no debe hacerse. Aun cuando no tuvieras sino el tormento del secreto que acabas de saber, secreto de que eres actualmente responsable á tu país, ¿no estarías ya bastante castigada?»

Mila y Celuta resolvieron ir en busca de Outougamiz, á quien hallaron en la margen del río, lejos de la cacería, en la que ninguna parte había tomado. Al ver acercarse las dos mujeres, se sintió tentado por la primera vez á huir, porque; ¿qué podía decirles? ¿No era tan desgraciado como ellas?

Celuta le dijo acercándosele: «No te alejes de nosotras, pues nada te preguntamos ya; conocemos la causa de tus desgracias. Ya no te acuso, hermano mío, sino que te admiro; eres el genio de la virtud no menos que el de la amistad.» Outougamiz no comprendió á su hermana.

—Lloremos los tres, dijo Mila, pues los tres sabemos el secreto.

—¡Sabeis el secreto! gritó con voz de trueno el joven indio. «¿Quién os lo ha revelado? No he sido yo! No he mentado al Gran Espíritu! no he violado el juramento de los muertos! no he asesinado mi patria! Y lleno del terror del perjurio, se sustrajo á unos brazos en que hubiera querido morir. Mila vo-

ló tras él, pero no pudo alcanzarle. Celuta, abandonada se arrojó á la piragua de unos cazadores que repasaban el río, y tornó á su cabaña.

Un amigo que desaparece en el momento de un gran peligro deja un vacío inmenso. Celuta llamó á su hermana al acercarse á su vivienda, pero ninguna voz le respondió, pues Mila no había vuelto al techo fraternal. Celuta penetró en la cabaña, y despues de recorrer sus diferentes aposentos, volvió á la puerta, miró al campo y á nadie vió. Abrumada de fatiga, sentóse cerca del hogar, con su hija en brazos. Allí, entregada á sus reflexiones, se sentía menos contristada por el peligro del momento que por el recuerdo de la carta de René. No era amada y jamás lo sería. ¡Y el hombre á quien adoraba, el hombre á quien deseaba salvar á costa de su propia vida, le había hecho esta bárbara confesión! Celuta se halló repentinamente espulsada de la vida, y conocía que se abismaba en una soledad, como el ser misterioso que había amado en demasia á René.

El maukawis cantó el ocaso del sol, el guisante perfumado de la Virginia se abrió á la primera vigilia de la noche, y el fin de esta fue anunciado por el grito de la cigüeña sin que la amiga de Celuta hubiese regresado. El alba abrió las puertas del cielo sin traer á la niña su fiel compañera; coronada de flores, Mila se mostraba todas las mañanas como la mas jóven de las Horas; y precediendo los pasos de la Aurora, parecía darle ó recibir de ella sus encantos y su frescura.

Cuando Celuta vió despuntar el día sus temores se aumentaron; ¿cuál habria sido la suerte de su hermana? Entonces, asaltó el espíritu de la hija de Tahamica la idea de que al vivir en su compañía, Mila no habitaba su propia cabaña, pues la de Mila era la de Outougamiz. ¿No era posible que este hubiese querido volver á sus hogares y que su esposa le hubiese seguido?

Celuta colgó de su cuello una faja de que pendía una ligera cuna, en la que colocó aquella niña viajera que sonreía sobre el hombro de su atribulada madre. Salió, y no tardó en llegar al albergue que le traía á la memoria tan dulces y tristes recuerdos: allí habitaba con Outougamiz cuando René fue á visitarla; por la entreabierta puerta de aquella cabaña había visto al extranjero en el bosque de azalea. ¿Cómo palpitaba su corazón, cuando el guerrero blanco se sentó á su lado! ¿Con qué delicia preparó el festin del juramento de la amistad! ¿Oh! ¡cuán lejos estaban ya aquellos faustos dias que vieran nacer tan tierno amor! Dulces encantos del corazón; proyectos de una felicidad sin término ni medida, ¿dónde sois idos? Cabaña que protegistes la juventud de Outougamiz y de Celuta, ¿te habrás mudado como tus dueños? ¿habrás envejecido como ellos?

¡Si! aquella cabaña no era ya la misma: inhabitada durante mucho tiempo, estaba vacía y sin genios tutelares; algunos pajarillos construían en ella sus nidos, y en su derredor crecía la yerba.

Rodeada de asesinos, abandonada de todos sus amigos, entregada sin defensa al amor impuro del tutor del Sol, abrumada por la adversidad y por la indiferencia de René, Celuta no deseaba ya mas que una tumba para gozar en ella del eterno descanso. Al alejarse de la cabaña donde á nadie hallará, vió á Adario que caminaba lentamente arrastrando sus harapos y apoyado en el brazo de Outougamiz, pero esperimentó un profundo terror al ver que Mila no les acompañaba. El anciano se encorbaba hácia la tierra, pues el peso del dolor paternal había doblado al fin su inflexible frente: Adario era ya un difunto que moraba algunos dias entre los vivos para vengarse.

Celuta le salió al encuentro. «¡Hija mía! le dijo con un acento lleno de inusitada dulzura; iba á tu cabaña; pero puesto que estamos cerca de la de tu hermano, detengámonos en ella. El viejo cazador

«empieza á encontrar el camino demasiado largo, y le es grato descansar allí donde halla un abrigo.»

Sorprendida al ver la mudanza del anciano y enternecida por su bondad, Celuta entró con él y su hermano en la desierta cabaña, donde se vieron precisados á sentarse sobre el húmedo suelo. «Esta es mi cama diaria, dijo Adario; debo acostumbrarme á la tierra!»

Incierto por la primera vez de su vida, el sachem parecía coordinar sus ideas y estudiar sus palabras. Outougamiz, cual si despertase de un profundo letargo, dijo sacudiendo la cabeza, al reconocer el lugar donde se hallaba: «Imprudente has sido, Adario, al traermi aquí; pretendes que dé muerte á René, y en este lugar le he jurado una amistad eterna. He jurado despues, es verdad, que le mataría; pero dime: ¿á cuál de estos dos juramentos debo ser fiel? ¿No es al primero?»

—Prestaste el segundo á su patria, replicó Adario, y lo prestaste sobre los huesos de tus abuelos.

—Sobre unos huesos traídos por el sacerdote, dijo Outougamiz; pero eran acaso los de mis antepasados? Deseando saber la verdad, he ido esta noche á visitar el sepulcro de mi padre; me he tendido sobre el musgo y he aplicado el oído: mi padre estaba en su tumba, pues le he oido escarbar la tierra con sus manos, para reunirse á mí. La capa de polvo que nos separaba no era mas espesa que una hoja de plátano; sentía enfriarseme el corazón á medida que el corazón del muerto se acercaba á mi pecho, pues me comunicaba su hielo. Yo me sentía tranquilo y feliz, pues me juzgaba entregado al sueño.

—¡Insensato! gritó Adario; tu amistad te estravia. —¡Oh! No pronuncies esa palabra, repuso Outougamiz; ¡tú, Adario! no comprendes la amistad. Si aun intentas llamar á mi padre como testigo contra mí, mucho te equivocarias, porque ha recibido mi juramento de amistad aquí en esta cabaña, como tambien esta mujer á quien no te dignas mirar y que llora... Veo á René que viene á reclamar en este mismo lugar el prestado juramento; el manitú de oro se agita en mi pecho; ¡no, no, amigo mio! ¡no violaré mi juramento! Acércate, que voy á renovarlo en tus manos y en las de mi hermana: Yo te juro...

—¡Impio! gritó Adario, aplicándole á la boca la rugosa mano; ¡teme que la tierra te devore, como las aguas han tragado á Mila!

—¡Mila! exclamaron despavoridos el hermano y la hermana.

—Si, Mila! respondió Adario con inspirada voz; Mila ha sabido el secreto y ha perecido!

Outougamiz quedó petrificado, y Celuta inundó la tierra en lágrimas. Adario, aterradora imagen de la muerte, con el seco brazo levantado entre su sobrino y su sobrina, parecía repetir aun la espantosa palabra que acababa de abismarles: *¡Ha perecido!*

Outougamiz se levantó al fin, tomó á su hermana de la mano, la obligó á levantarse, la miró en silencio algun tiempo, y le dijo: «¡Nadie te amará ya, René! El único corazón que aun te amaba, el único que quiso salvarte, el único que proclamó tu inocencia, ha cesado de latir, porque mi hermana y yo dudamos; carecemos de fuerzas é ignoramos si debemos decidirnos por la patria ó por la amistad. ¡Celuta! ¡yo he perdido mi esposa, y tú la fiel compañera que te siguió á la ciudad de los blancos, que te cuidó en mi ausencia, que te sostuvo en la del hombre á quien vamos á matar. ¡Mila muerta! ¡René muerto! ¡su tierna hija moribunda! ¡Chaetas cercano al sepulcro! ¡Celuta! ¡quedaremos solos en la tierra!» Pero Celuta no podía responderle. Outougamiz se volvió hácia Adario, que seguía impassiblemente sentado en el suelo, y levantando furioso la maza le preguntó:

—¿Quién ha asesinado á Mila?

—Athaënsia, respondió con frialdad Adario; el espíritu de la desgracia ha tomado posesion de su alma, y se ha precipitado en el río.

«Si yo supiese, replicó el jóven salvaje, apretando con furor los dientes, que un hombre ha puesto la cobarde mano sobre Mila, aunque fuese mi padre... Y despues volaría en busca de Chepar y me pondría á la cabeza de las carnes blancas.»

Adario se levantó indignado, y sacudiendo sus harapos exclamó: «Había creído ¡infame! que solo amenazabas mis blancos cabellos, que te hubiera entregado con alegría para obligarte á guardar el juramento, para que salvaras tu patria. Yo me decia: «Necesita una libacion de sangre para satisfacer el primer juramento que ha prestado; ¡sea! ¡halla ese sangre en venas! Pero ¡que hasta la sombra del pensamiento de vender tu patria, haya podido pasar por tu villano corazón!... ¡Retírate, malvado! Voy á entregarte á los sachems, que intentaban darte muerte á la par de tu hermana, cuando supieron la indiscrecion del sacerdote. Yo habia jurado por vuestra virtud, habia respondido de ella, y venia á pedir á Celuta el juramento del secreto; pero sois dos traidores y os abandono.»

Adario hizo un brusco movimiento para retirarse; pero Celuta le detuvo, diciéndole: «Desconfía de mí, pero no de Outougamiz!»

«¿Y por qué, preguntó este, quieres que no desconfie de mí? ¡Sí! ¡salvaré á mi amigo, si no soy asesinado!»

«En buen hora! dijo Adario con sarcástica sonrisa; esposa fiel, amigo generoso, revelad el secreto á René; entregad luego vuestro país á los extranjeros; empero, ¡dignos hermanos! pensad que antes que esto suceda, es preciso haber degollado vuestros parientes y amigos, es preciso haber arrancado uno á uno los cabellos de la cabeza de Adario, y haber hecho de su cráneo la copa del festin de René.»

Durante este horroroso discurso, Celuta y Outougamiz parecían dos espectros. Adario se acercó á Celuta y prosiguió: «Sobrina mia, ¿es preciso que Adario caiga á tus piés? Habla, y verás postrado ante tí al que jamás se ha doblegado á un semejante suyo. ¡Hija mia! René morirá algun día, puesto que es un hombre, pero la patria, si tú lo quieres, puede ser inmortal. Tu prima, mi pobre hija, ha perdido su hijo único, y ¿no sabes por qué mano? ¿No he arrojado mi posteridad para que no echase raíces en una tierra esclava? ¡Mírame, y atrévete á decir que nada me ha costado! ¡Atrévete á decir que mis entrañas desgarradas no brotan ya sangre, que la herida que en ellas he abierto está curada! Si quedan niños libres en los Natchez, ellos, Celuta, te deberán su libertad, te sonreirán en brazos de sus madres, las bendiciones te acompañarán cuando atravieses las ciudades de tu patria, los sachems se detendrán con respeto á tu paso y exclamarán: ¡Haced lugar á Celuta! Tú habrás sembrado esas mieses florecientes, tú escitarás esos lisonjeros gritos de júbilo y de amor. ¿Qué es el sacrificio de una pasión que el tiempo debe extinguir, comparado con esos eternos placeres, emanacion sagrada de la mayor de las virtudes? ¿Pudieras titubear? ¿Puedes transigir con la vergonzosa idea de no ser sino una mujer vulgar en tu pasión, una mujer criminal en tu conducta, cuando puedes presentarte al mundo como un ejemplo sublime?»

Outougamiz habia escuchado en profundo silencio; Celuta parecía vacilar entre la muerte y la vida. «¿Qué exiges de mí? dijo al fin á su tio con trémula voz. Un juramento igual al de tu hermano, replicó Adario; jura en mis manos que guardarás el secreto; que no lo revelarás al culpable, que lo divulgaría, á un hombre cuyo amor no posees, y que te es tan traidor como á la patria.»

Estas palabras rasgaron el corazón de Celuta, que haciéndose superior á su infortunio, respondió: «¿Por qué supones que no poseo el corazón de mi esposo? ¿Crees obligarme por este medio á inmolarme á mi no correspondido amor? Si René no me ama, es porque no soy digna de él; esto es una razon mas para que le salve y para merecer su cariño merced á mi abnegacion.»

Celuta se detuvo, porque sus lágrimas, que aunque comprimidas corrian interiormente, le ahogaban. «Adario, dijo, eres un ingrato: René ofreció su cabeza por la tuya en la ciudad de los blancos.»

«No creas esa patraña, repuso Adario, interrumpiendo á su sobrina; aquella fue una farsa forjada entre nuestros enemigos para inspirarnos mas confianza en un traidor.»

«Desventurado René! exclamó Celuta, ¿qué genio fatal hace desconocer hasta tu virtud?»

«¡Celuta! dijo impaciente Adario; los juegos van á ser proclamados; ¿eres amiga ó enemiga? ¡Declárate! Colócate al lado de los blancos ó jura el secreto.»

La hermana de Outougamiz miró con zozobra en su derredor, pues creia que de los bosquecillos de la Muerte salían lastimeras voces; la hija de René gimíó en su cuna. Despues de algunos momentos de silencio, Celuta dijo: «¡Hé aquí mi resolución!» Adario y Outougamiz escucharon con temor.

«Mi hermano ha podido jurar, porque no sabia á lo que le obligaba su juramento; pero yo que conozco de antemano las consecuencias de este juramento, sería una mujer desnaturalizada si lo pronunciasse. No juraré, pues; pero sabe para tu consuelo, Adario, que si mi virtud no me hace guardar el secreto, todos los juramentos de la tierra serian inútiles.»

Al pronunciar estas palabras, Celuta se mostró transfigurada y radiante. «¡Basta! exclamó Adario; estrechando sobre su corazón la mano de su sobrina; quedo satisfecho y los sachems lo quedarán igualmente. Acabas de pronunciar un juramento mas terrible que el que vine á pedirte.»

Adario volvió al Consejo de los sachems, y Outougamiz le prestó de nuevo el apoyo de su brazo. Celuta tomó el camino de la cabaña de René: su alma era un abismo donde rodaban confundidos sus diferentes pesares.

La herida mas reciente llegó á ser poco á poco la mas viva, cuando la malhadada esposa de René, bajando al fondo de su corazón empezó á desmenuzarse el caos de sus amarguras; la que le causara la pérdida de Mila se hizo sentir de un modo cruel. Celuta se representaba todo lo que su hermana valia; cuán inagotable era su alegría, cuán profundamente sensible su corazón! La aveilla cantaba menos bien que Mila, y esta amaba mas que ella. Hasta los pesares que ocasionaba estaban mezclados de placeres, y proporcionaba tantos placeres sin mezcla alguna de pesares! ¡Aquellos hermosos cabellos estaban manchados ya en el oscuro cieno del río! ¡Aquella boca que el Amor entreabria, estaba llena de arena! ¡La mujer que pocas horas antes era todo alma; la mujer á quien la vida animaba con toda su movilidad ya fria, inmóvil para siempre en los brazos de la muerte! ¡Cuán pronto habia sido olvidada la tierna amiga que no existia sino para sus amigos! Su familia no pensaba ya en ella; Outougamiz habia sido llevado á diferentes lugares; ¡nadie se ocupaba en tributar los honores fúnebres á la jóven, á la inocente, á la animosa Mila!

Estas reflexiones á que Celuta se abandonaba al regresar á su cabaña, la hicieron cambiar su camino y dirigirse al río para buscar el cadáver de su bondadosa amiga. Celuta habia acusado injustamente á su hermano, pues Outougamiz no habia olvidado á Mila. Despues de haber acompañado á Adario, bajó á la

orilla del Meschacébé; primero observó la corriente y recorrió luego lo largo del río, y fijado los tristes ojos en cada objeto que las aguas arrastraban, creyó oír un ligero murmullo. «¿Es tu voz, Mila? preguntó; ¿eres ahora una ola fugitiva, una muelle brisa, moradora de las cañas? ¿Te solazas, pez de oro y de azul, á través de los bosques de coral? Agil gondrina, ¿trazas leves círculos en la superficie del río? ¿Bajo tu ropaje de pluma, de escamas ó de cristal, tu corazón ama todavía y llora á René?»

Un tierno magnolia que el Maschacébé habia cercado en su última inundacion, atrajo durante largo rato las miradas de Outougamiz, que creia ver á Mila en pié sobre las aguas.

Sentóse en la orilla, y prosiguió: «¿Por qué no me respondes, Mila, tú que hablabas tan bien? Cuando llorabas sobre René, tus ojos eran como dos perlas en el fondo de un manantial; tu seno, humedecido con tus lágrimas era como el blanco vello del junco sobre el cual el viento ha hecho saltar algunas gotas de agua. Tu eras todo mi talento; ahora que me veo solo, no sabré cómo arrebatarme mi amigo á los sachems: además, ¡estabas tan segura de su inocencia!»

Mila, antes de desaparecer, habia dicho al hermano y á la hermana que buscaban medios extraordinarios para salvar á René, habiendo uno muy natural en el que no pensaban: este medio era ir en busca del guerrero blanco y retenerle lejos de los Natchez tantos dias cuantos fuesen necesarios para librarle del peligro. Mila habia añadido que si René se resistia le ataría al pié de un árbol, porque mezclaba siempre las razones de la niñez á las nobles inspiraciones del amor y á los consejos de una prudencia prematura. Outougamiz recordó en la orilla del río el último consejo de Mila. «¡Tienes razon!» exclamó; y arrojando á larga distancia todo lo que podia retardar la celeridad de su carrera, y engañando la vigilancia de los allouez que la seguian, voló como una flecha disparada por la mano del cazador.

No bien se habia alejado del río, Celuta se presentó en su orilla: deteníase á cada paso, miraba entre las cañas, se adelantaba hasta las puntas mas avanzadas de los promontorios, y buscaba como se busca un tesoro los restos de su jóven amiga; pero nada halló. «El Meschacébé, dijo, se declara tambien contra nosotros!» Y tornó á su cabaña, abrumada de fatiga y de dolor.

Recobrado de su embriaguez, el sacerdote que conservaba un sentimiento confuso de su indiscrecion, corrió á confesarla al tutor del Sol. Onduré despues de haberse encolerizado contra el sacerdote, se apresuró á reunir el Consejo, en el que declaró que era muy probable que Mila, iniciada en el secreto, lo hubiese revelado á Celuta, y al mismo tiempo anunció á los sachems que nada habia que temer de Mila, pues ya no existia. Adario se opuso á toda sentencia sanguinaria contra su sobrina, y se obligó á conseguir de ella un juramento que guardaria tan religiosamente como el de Outougamiz. Los ancianos accedieron al deseo de Adario; pero se resolvió no obstante que si aquella ó este dejaban escapar la menor palabra, fuesen inmolados á la seguridad general.

Sometióse asimismo á deliberacion la inmediata muerte de René, en caso de que volviere antes del dia de la matanza; pero Adario hizo observar que si se daba muerte á este traidor aisladamente, se estenderia la alarma entre los blancos, sus cómplices; y que seria esponerse especialmente á los efectos de la desesperacion de Outougamiz y de Celuta, cuando esta desesperacion podia imposibilitar aun la ejecucion general del complot. Creyóse, pues, mas prudente dejar las cosas en el estado que se hallaban, y no hacer movimiento alguno.

Solo faltaba al buen éxito de los planes de Onduré

la muerte de Chactas, y los diferentes mensajeros empezaban á traer la noticia de esta irreparable pérdida. Por lo tocante á la profanacion de Celuta en los brazos de un monstruo, Onduré juzgaba ya segura su presa. Aquellos resortes tan complicados, aquellos planes tan tenebrosos, aquella doble intriga en el Consejo de los Natchez y en el consejo del fuerte de Rosalia; aquella trama tan laboriosamente urdida, y no obstante, tan frágil; todo había sido imaginado y dirigido por Onduré, con el torcido fin de satisfacer una pasión criminal, y para llegar, mediante el triunfo del amor, al mas alto grado de la ambición. Pero el exceso del orgullo y de la alegría amenazó de nuevo perder á Onduré, pues no pudo abstenerse de ir á insultar su víctima. Libre ya de la presencia de Mila, se atrevió á presentarse en la sagrada soledad de Celuta, osó pronunciar palabras de amor á la mas infeliz de las mujeres, á la mujer cuyas calamidades eran, casi en su totalidad, obra suya. Onduré olvidaba que los zelos contaban sus pasos, y que podía ser terriblemente castigado por la misma pasión, causa principal de todos sus crímenes.

Unos heraldos públicos iban publicando la inauguración de los grandes juegos y su duración, que debía ser de doce días. Todo estaba en movimiento en los Natchez y en la colonia, porque los franceses, ávidos de placeres hasta en los bosques, se proponían asistir á unas fiestas tan funestas para ellos. El general fue convidado á los juegos, y mirando ya á los Natchez como vasallos sumisos del rey de Francia, concedía toda su protección á aquella festividad nacional. Muchas veces había recibido saludables avisos; pero Febriano y las demás hechuras de Onduré mantenían á Chepar en su ceguera; y hasta aquellas fiestas contribuían á inspirarle confianza, pues los conspiradores, decía en su necia credulidad, no juegan á la taba y la raqueta. El buen sentido valgar pierde á los hombres de menguada inteligencia.

Por donde quiera, numerosos grupos alegremente reunidos reían, cantaban y bailaban, esperando el principio de los juegos. Los chicassaws, los yazous, los miamis y todos los pueblos que tomaran parte en la conspiración, llegaban á la gran ciudad. Aquí acampaba una familia, cuyas mujeres cargadas aun, ponían en tierra sus fardos, ó colgaban de los árboles las cunas de sus hijos. Allí, algunos indios encendían la hoguera de su campamento y preparaban sus viandas. Mas allá, unos viajeros lavaban sus pies en un arroyo ó descansaban tendidos en la yerba. En la espesura de un bosque veíase una tribu que se adelantaba cubierta de polvo en orden de marcha; los pajarillos volaban, los corzos huían ó se detenían curiosamente en las colinas, para mirar aquella reunión de hombres. Los colonos abandonaban sus habitaciones y acudían á gozar de los preparativos de los juegos; ¡ignoraban qué corona estaba prometida á los vencedores!

El haz de cañas había sido depositado en el templo de Athaënsia bajo el altar de este génio de las venganzas, y un sacerdote lo custodiaba. La primera caña debía ser sacada por tres hechiceras en la noche inmediata á la inauguración de los juegos; esto mismo debía verificarse donde quiera hubiese establecidas colonias europeas.

Un rayo de esperanza se deslizó en el corazón de Celuta. René no llegaba, y catorce días mas de ausencia bastaban para librarle de su triste destino. ¿Qué accidente, pensaba, le habría detenido? ¿Le habría encontrado Outougamiz? pues Celuta no dudaba que su hermano, á quien se había visto atravesar los bosques, había volado á su encuentro. Entregándose por un momento á estos ensueños de felicidad, que nos persiguen hasta en el fondo del infortunio, la desvalida india olvidaba los peligros de cada hora y las equivocaciones en que podía incurrir su esposo;

elevábase mentalmente á la mansion de los ángeles mientras estaba clavada en la tierra, semejante á la erguida palmera que mece su flexible copa en el rocío del cielo, y cuyo pié se hunde en unas arenas estériles.

Las esperanzas de Celuta hubieran sido temores para Onduré si no hubiese sabido que el hermano de Amelia volvía despues de haber fracasado en sus negociaciones, lo que hacia mas sospechoso que nunca á los ojos de los natchez al causante de la guerra con los illineses. Onduré sabia tambien que Outougamiz no había hallado á René, pues los allouez que al jóven salvaje seguían, hacían sabedor de todo al tutor del Sol. El rumor del próximo regreso de René circuló en breve en la gran ciudad, y disipando la postrera ilusión de Celuta, acabó de agoviar á esta mujer sobradamente desgraciada.

El primer día de los juegos llegó al fin. A escasa distancia de la gran ciudad se extendía un gran valle rodeado de bosques que crecían á manera de anfiteatro sobre las colinas y que formaban el recinto de aquel soberbio salón construido por la mano de la naturaleza; en aquel valle debían celebrarse los juegos: primero el de la raqueta y luego el de la taba. La fiesta empezó al amanecer.

El gran sacerdote se adelantó al frente de los jugadores: en la mano tenia un cayado pintado de azul, adornado de banderolas, de juncos y de algunas aves; los otros sacerdotes, ceñidas las sienas de yedras, seguían al gran sacerdote. Veíase luego á Onduré, á cuyo lado marchaba su pupilo, el jóven Sol, de edad de ocho años; y la Mujer-Jefe acompañaba á su hijo. A su espalda marchaban de dos en dos los ancianos de los chicassaws, de los yazous, y demás aliados. Numerosa banda de músicos con caracoles, pífanos y tamboriles, escoltaba á los sachens. Los jóvenes guerreros, medio desnudos y armados de raquetas, se agolpaban en tropel en pos de sus padres, y una muchedumbre inmensa, compuesta de niños, mujeres, colonos, soldados y negros, llenaba los bosques del anfiteatro. El mismo Chepar se hallaba allí, rodeado de sus oficiales. Todas las cabañas habían quedado desiertas, esceptuando la de René, habitada por el dolor.

Habiendo bajado á la arena los jugadores, el gran sacerdote dió una palmada y la multitud entonó en coro el himno de los juegos. La primera aclamación de cinco ó seis pueblos fue sorprendente. Celuta la oyó resonar en su abandonada cabaña; aquella aclamación era la voz de la muerte que llamaba á René.

#### CORO GENERAL.

¿Es el ala del ave que hiende los aires? ¿es una flecha lo que silva á mi oído? No! Es la bala que huye delante de la raqueta. ¡Ojo mio! mira atento la bala ó te arrancaré. ¿Qué diría la raqueta si quedase viuda de la bala, objeto de su amor?

#### LOS GUERREROS JÓVENES.

Tomemos los ágiles piés del corzo, para casar la raqueta con la bala.

#### UN SACERDOTE.

Habiendo nacido las mujeres sin la mitad de sus gracias, un día el génio del amor jugaba á la raqueta en los bosques del cielo; la bala fue á dar en el pecho de la mas jóven de las esposas del génio; roto por el golpe, el globo se trocó en un doble seno, en el cual los labios de un recién nacido hicieron brotar el último encanto.

#### UN GUERRERO.

La raqueta es un juego noble y varonil; ¿pero quién podría cantar dignamente la taba? En la taba

se adquiere riquezas; en la taba se obtiene una tierna esposa.

#### LOS SACHEMS.

En la taba se pierde la razón; en la taba se vende la libertad individual.

#### OTROS SACERDOTES.

Nuestros destinos se dividen en dos partes: la una buena, la otra mala. El Gran-Espíritu colocó la primera en un huesecillo blanco, y la segunda en un huesecillo negro. Todos los hombres al nacer, antes de abrir los ojos, toman su huesecillo de la mano del Gran-Espíritu.

#### LOS SACHEMS.

¿Qué importa que el huesecillo de nuestro destino sea negro ó blanco? jugamos en la vida sentados sobre una tumba; apenas hemos sacado nuestro huesecillo feliz ó fatal, la muerte, que dirige la partida, nos lo reclama.»

Los jóvenes jugadores se dividieron en dos bandos: á un lado los natchez, al otro los chicassaws. A una señal, el mas diestro de los guerreros natchez, colocado en su poste golpeó con la raqueta la bala que huyó con la rapidez del plomo que sale del inflamado tubo de los cazadores; un chicassaw la recibió y la despidió con la misma velocidad, viniendo luego arrojada hácia los chicassaws que la tomaron de nuevo. Entonces empezó un movimiento general: la bala fue arrojada y rechazada; ora volaba en dirección horizontal, y los jugadores se bajaban alternativamente como las espigas al paso fugaz de una brisa; ora era impelida hasta perderse de vista en el cielo; todos los ojos se levantaban para descubrirla en los aires, todas las manos se estendían para recibirla en su caída. Súbitamente, los guerreros se separan, se agrupan, se confunden; se despliegan y vuelven á reunirse; la bala salta en ligeros brincos al golpe de las raquetas, hasta el momento en que un brazo vigoroso librándola de aquel laberinto la arroja de nuevo al centro de la arena. Los gritos de esperanza ó de temor, los aplausos y las alegres risotadas, el estrépito de las carreras, el silbido de la bala, los redoblados golpes de las raquetas, y el ronco sonido de los caracoles hacían retumbar los bosques.

En medio de aquel estruendo y extraño movimiento, las almas estaban entregadas á pensamientos muy diferentes: los franceses disfrutaban en plena confianza de aquel espectáculo, mientras los conjurados contaban sus víctimas. ¡Nada mas espantoso que aquellos placeres que cubrían el esterinio de toda una colonia! ¡Cuántos hombres han tomado por un día de regocijo el que debía abrirles la tumba!

Los juegos fueron suspendidos para entregarse al festín que se sirvió á la sombra de una cerca de arces, al borde de un arroyo; pero no tardaron en comenzar de nuevo, aunque nadie sabia aun á qué lado se inclinaria la victoria, cuyo premio se había fijado en mil pieles de fieras. De repente el espectáculo fue interrumpido: los sachems se levantaron, la muchedumbre se encaminó á la colina del Norte, y oíase repetir estas palabras: «¡Hé aquí á nuestro padre! hé aquí á Chactas! Mas ¡ah! ¡está moribundo! Outougamiz acaba de anunciar su llegada.»

En efecto, Outougamiz, que no había hallado á René, había encontrado al decrepito sachem, á quien conducía un grupo de jóvenes queroqueses. La nombradía de Chactas era tal que el general francés siguió á la multitud para salirle al encuentro. Todos prorumpían en gritos de amor al paso de aquel hombre venerable; pero todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, pues se veía que sólo le quedaban algunas horas de vida: su rostro, siempre sereno, anuncia-

ba una estremada fatiga y caducidad, y su voz era tan débil que apenas se le oía. No obstante, respondía con su bondad y dulzura acostumbradas á los que le dirigían la palabra. Observando un jóven guerrero que los plateados cabellos del anciano estaban mas canos, este le dijo: «Es verdad, hijo mio; he tomado mi adorno de invierno, y voy á encerrarme en la caverna.» Un sachem del partido de Onduré le habló de los juegos y de la paz de la patria, y él le replicó: «El agua corre tranquila en lo alto de la catarata, y sólo se muestra agitada al despeñarse en el abismo.»

Outougamiz, que marchaba al lado de la cama de follaje en que los queroqueses conducían á Chactas, pasó de un profundo abatimiento á una incomprendible alegría y dijo en alta voz: «¡Ah! Así vi llevar á René cuando le amaba, y cuando no quería matarme, antes que Mila me abandonase para siempre.»

Estos dos nombres hirieron el oído de Chactas, que dijo: «Mi buen Outougamiz! has hablado de René y de Mila; ¿y Celuta dónde está? ¿Dónde están mis queridos hijos, para que yo les abrace antes de espirar.»

«¡Encina protectora! respondió Outougamiz; todos vamos á ponernos al abrigo de tu sombra, escepto Mila, que se ha hecho una cama en el fondo de las aguas.» «¡Heróico y escelente jóven! repuso Chactas, mucho temo que la encina caiga antes de que pueda preservarte de la tempestad.» Chactas preguntó donde se hallaba Adario y supo que habitaba los bosques.

Onduré experimentaba mortales inquietudes ante aquel triunfo de la virtud, pues la inesperada llegada y la prolongación de la vida de Chactas, podían desconcertar sus planes. Temía que el sachem descubriese sus perfidias, y que una conversacion secreta de un momento con Celuta y Outougamiz destruyese la obra de dos años. Deseando, pues, separar lo mas pronto posible á Outougamiz de Chactas, Onduré incurrió en la imprudencia de acercarse al lecho del anciano para pedirle se entregase al descanso; pero Chactas, que le reconoció en la voz le dijo:

«¡Oh el mas fementido de los hombres! ¿aun no has aprendido á sonrojarte?»

«¡Valer, Chactas! exclamó Outougamiz; ¡hablas como Mila!» Onduré, balbuciente, se vió abandonado de su procacidad.

«¡Hijos míos! dijo Chactas, esforzando la voz y dirigiéndose á la muchedumbre que le rodeaba, pero que él no veía: ¡aved aquí á uno de los malvados mas perniciosos que ha abortado la tierra! Nuestra debilidad sostiene su tiranía; mucho ha que he adivinado los secretos de este traidor.»

Estas violentas palabras proferidas por un anciano tan prudente y tan sabio, produjeron un efecto extraordinario. Onduré se creyó perdido. Outougamiz fomentaba el tumulto y gritaba: «¡Id á buscar á Celuta; todo está arreglado; René está en salvo! ¡Ya no le daré muerte! ¡Qué lástima que Mila haya muerto!»

Algunos sachems que habían permanecido fieles á Chactas, contaban que Onduré era, segun todas las apariencias, el asesino del viejo Sol; que había seducido á la Mujer-Jefe; que se había apoderado de la potestad suprema por medio de la violencia, y que en aquel mismo momento meditaba nuevos crímenes. Los salvajes extranjeros se mostraban sorprendidos; Chepar empezaba á alarmarse al oír la palabra complot, por donde quiera repetida. El destino de Onduré parecia pendiente de un hilo, cuando los sacerdotes y los sachems del partido de este traidor repitieron la historia del maleficio echado por un mágico de la carne blanca á Outougamiz y al venerable Chactas. Los absurdos religiosos, empleados anteriormente en iguales ocasiones, produjeron su